

tuación histórica y lo único nuevo fue la motivación. De sus palabras se desprende un afán de congraciarse con los judíos, aunque en ocasiones pueda caer en afirmaciones discutibles (cfr. p. 279).

Estamos de acuerdo que todo antisemitismo en el cristianismo es inconcebible y difícil de explicar, habida cuenta de que Jesús es un judío, como lo fueron la Virgen y los apóstoles. Quizás el recordar esas realidades, e insistir en lo que nos une, propicie un claro acercamiento mutuo entre judíos y cristianos. En el campo católico destaca la Declaración *Nostra aetate* del Vaticano II. Respecto a los judíos refiere la corriente de reconocimiento y estima por Jesús. Desde esta postura ve posible un acercamiento cada vez más claro y esperanzador (cfr. p. 282-284).

El apartado último está dedicado a una «bibliografía selecta y razonada». Es de gran interés pues hace un brevísimo resumen de las obras citadas y destaca algún aspecto relevante, e incluye a veces una crítica sucinta. Al lado de los logros señalados, es preciso reconocer que en muchos autores, a pesar de las declaraciones de neutralidad histórica, ésta no siempre se da.

En todo caso, esta obra nos sirve para conocer las principales corrientes dentro de la *Third Quest*, así como para poder resaltar los diversos aspectos y aportaciones.

Antonio GARCÍA-MORENO

Israel FINKELSTEIN - Neil Asher SILBERMAN, *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Siglo XXI de España Editores («Historia antigua»), Madrid 2003, 414 pp., 15 x 22, ISBN 84-323-1124-3.

Israel Finkelstein es uno de los grandes arqueólogos del momento presente, director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv y responsable de las excavaciones de Meguido. Junto con el historiador Neil Asher Silberman ha tenido la osadía de emprender una tarea que la comunidad científica del mundo bíblico aguardaba desde hace años que alguien con competencia contrastada tuviese el arrojo de afrontar.

En la década de los cincuenta del siglo pasado hubo varios intentos, algunos bien logrados como la Arqueología Bíblica de G. E. Wright, de presentar una visión panorámica sobre la aportación que las excavaciones arqueológicas pueden ofrecer a la comprensión de la Biblia mediante un acercamiento preciso a la historia antigua del Próximo Oriente.

Sin embargo, en las últimas décadas, cada vez ha resultado más difícil aventurarse a ofrecer una obra de síntesis por diversos motivos.

De una parte, porque el desarrollo de las investigaciones histórico-críticas de los textos bíblicos ha puesto en evidencia el importante salto temporal que media entre la época histórica en la que cabe ambientar los diversos relatos (Patriarcas, Éxodo de Egipto, etc.) con el momento de su redacción. Por eso, en la tarea de identificar hechos históricos en los relatos bíblicos ¿hay que buscarlos en el tiempo en que los sitúa la narración, o en el momento de su redacción? Además, establecer el momento de la redacción tampoco ha resultado una tarea sencilla, ya que las hipótesis más comunes acerca de la composición del Pentateuco o la Historia Deuteronomista, han sufrido profundas reelaboraciones, que han tardado en decantarse, y que han supuesto correcciones a veces de varios siglos en las fechas que anteriormente se admitían. Sirva como ejemplo el retraso en la datación de los textos yavistas del Pentateuco, desde el siglo IX a.C. propuesto por Wellhausen hasta el yavista exílico o post-exílico de la crítica actual.

De otra parte, los trabajos arqueológicos de campo desarrollados en todo el Oriente Medio también han sido muy numerosos así como la bibliografía publicada acerca del marco histórico, cada vez más preciso, que se ha ido descubriendo. En este ámbito, desde los años setenta se fue constatando con creciente agudeza que los intentos por interpretar los restos arqueológicos utilizando los textos bíblicos continuamente presentaban problemas. Pero, a la luz de lo que la investigación crítica iba poniendo de manifiesto, eso no era de extrañar, ya que si los textos bíblicos se habían escrito mucho después del tiempo en que cabría situar los sucesos narrados en ellos, no resulta extraño que se hayan proyectado en su redacción nombres, instituciones, e incluso acontecimientos muy posteriores. En consecuencia, los intentos por dar razón de las construcciones o destrucciones, utensilios o tumbas que sacaban a la luz las excavaciones arqueológicas dejaban de apoyarse en los relatos de la Biblia y se realizaban sólo a partir de inscripciones epigráficas antiguas o del estudio comparativo de la cerámica o los tipos de construcción. Los escritos de arqueología o de historia se hacían cada vez más independientes de la Biblia, y resultaba más difícil para el lector no iniciado ponderar los eventuales acuerdos o desacuerdos entre el contenido de la Biblia y lo que se podía ir conociendo acerca de lo sucedido realmente en aquellos territorios.

El libro de Finkelstein y Silberman, publicado originalmente en Nueva York el año 2001, traducido al francés en 2002, y que acaba de ser editado en español, afronta la tarea de proporcionar una información actualizada acerca de la relación entre los hechos narrados en la Biblia Hebrea y la historia antigua

de Israel. Tiene en cuenta el inmenso acopio de material arqueológico hoy disponible y no trabaja sobre una lectura ingenua del texto, sino que se acerca a él desde una perspectiva crítica. Está escrito para un público culto de amplio espectro. No se trata de una obra técnica para especialistas, sino de un escrito de alta divulgación redactado con agilidad, sumamente atractivo.

Desde el principio se incita el interés del lector por adentrarse en sus páginas: ¿Cuándo y por qué fue escrita la Biblia? ¿Qué sabemos de los patriarcas? ¿Cuándo surgió el monoteísmo? ¿Cómo apareció el pueblo de Israel en la Tierra Prometida? ¿Qué extensión tuvo el reino de David y Salomón? Las respuestas a estas y otras cuestiones análogas que se van encontrando en sus páginas son rotundas y tienen un hilo conductor común: la Biblia es una genial reconstrucción de la historia del pueblo judío, que en lo más notable de sus orígenes refleja el momento de exaltación y afán expansionista promovido por el reino de Judá en su intento de despegue como una potencia en el siglo VII antes de Cristo. Se trata de un momento decisivo, cuando el poderoso reino del norte, Israel, hasta ese momento mucho más importante que Judá, ha quedado sometido a Asiria, y a su vez el imperio asirio está iniciando su declive: la oportunidad histórica de un territorio pobre y poco poblado como Judá para dotarse de una organización nacional y encontrar un ámbito de influencia en el concierto de las naciones y pueblos de la zona. Esto sucede, según Finkelstein y Silberman, en el reinado de Josías, rey de Judá entre el 640 y el 609 antes de Cristo, y trae consigo profundas reformas sociales internas, con fuertes connotaciones religiosas. Entonces los textos bíblicos comienzan a ser escritos y difundidos como instrumento al servicio de la ideología política y religiosa que configura la identidad del reino: un solo pueblo, un solo rey, un solo Dios, una sola capital, Jerusalén, y un solo Templo, el del Rey Salomón, todo ello de acuerdo con la Ley, que sería consignada en lo que constituyó el núcleo originario del Deuteronomio.

Los relatos bíblicos, e incluso del desarrollo de las concepciones religiosas que reflejan, son interpretados de modo habitual por los autores de esta obra en clave política y social. «La epopeya histórica contenida en la Biblia (...) no fue una revelación milagrosa, sino un magnífico producto de la imaginación humana», afirman en el primer párrafo del Prólogo (p. 1). Y, como ejemplo, del modo en que se explica el origen de los textos bíblicos es bien ilustrativa la consideración que se presenta al tratar de la posibilidad que se ofrecía a Judá en tiempo de Josías de extender su territorio hacia el norte y poner las bases para un gran estado pan-israelita: «Un plan tan ambicioso requería una propaganda vigorosa y activa. El libro del Deuteronomio establecía la unidad del pueblo de Israel y la centralidad de su lugar nacional de culto; pero lo que

crearía una epopeya para expresar la fuerza y la pasión de los sueños de un reino de Judá resurgido iba a ser la Historia Deuteronomista y algunas partes del Pentateuco. El motivo que llevó a los autores y editores de estos textos a reunirse y elaborar las tradiciones máspreciadas del pueblo de Israel fue, probablemente, el de preparar al país para la gran lucha nacional que le aguardaba» (p. 311).

En su conjunto, el libro ofrece una gran cantidad de información arqueológica, que al ir puesta de continuo en relación con los contenidos de la Biblia, introduce en un mundo de sugerencias y evocaciones ciertamente provocativo para la reflexión y el replanteamiento de cuestiones que reclaman atención y estudio. No obstante, una lectura reposada de estas páginas permite apreciar algunos desequilibrios en el desarrollo de los temas que se afrontan. Los autores se mueven con gran soltura cuando hablan del reino del Norte. Entonces ofrecen abundantes detalles de las excavaciones arqueológicas confrontadas con los relatos bíblicos, que configuran unas páginas ágiles y atractivas. En cambio, parecen afrontar con mayor desgana otros momentos, como la época persa. En ese apartado las referencias arqueológicas son escasas, y la versión de la historia que se ofrece está basada en información apoyada en los propios textos bíblicos.

El investigador de la Biblia puede echar en falta mayores matizaciones en la presentación de las hipótesis críticas. Por ejemplo, en la explicación de las redacciones sufridas por la Historia Deuteronomista se ciñe al esquema propuesto por Frank Moore Cross y sus seguidores, sin dejar resquicios a otras explicaciones. También parece excesivo, al menos presentado sin mayores justificaciones de crítica literaria, el peso que se atribuye al reinado de Josías en la configuración de los relatos del Pentateuco. En cambio, no se afronta con detalle la cuestión de hasta qué punto las condiciones políticas, sociales y culturales de la época persa han podido dejar su huella en la redacción de textos ya-vistas. En bibliografía final, aunque no pretende ser exhaustiva, hay ausencias significativas como las de Rudolf Smend, Erhard Blum y otros autores del ámbito académico alemán, que han publicado estudios importantes que merecerían haber sido tenidos en cuenta en una obra de estas características.

Ojalá esta obra sea ocasión de suscitar el interés de los estudiosos por fomentar el diálogo entre Biblia Hebrea e historia en la situación actual de las investigaciones. A pesar de los titubeos propios del comienzo de una nueva etapa en esas tareas, y de las limitaciones hermenéuticas que presenta, el libro ofrece un valioso arsenal de datos y sugerencias que, utilizados críticamente, será de interés para los profesionales de la investigación bíblica.

Francisco VARO

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.